

Catherine Clément

La reina  
de los cipayos

Traducción del francés de  
Isabel González-Gallarza

alevosía 

*Para Rajesh Sharma*

Por complejas, rápidas y destructivas que hayan podido ser todas las guerras civiles, invasiones, revoluciones, conquistas y hambrunas que se han dado en Indostán, apenas han rozado su superficie. Inglaterra, en cambio, ha roto por completo el marco de la sociedad india, sin que se vea asomar el más mínimo síntoma de reconstitución. La pérdida del viejo mundo, privada del beneficio de un nuevo mundo, confiere un carácter melancólico particular a la miseria actual del hindú, y separa al Indostán gobernado por Inglaterra de todas sus tradiciones, así como de todo su pasado histórico.

Karl Marx, «El gobierno británico en la India»,  
*The New York Daily Tribune*, junio de 1853.

Primera parte

**La Querida**

## Como un varón

Bhagirati, su madre, tenía grandes ojos en forma de pez, una piel luminosa y un largo cuello flexible. Casada a los doce años con Moropant Tampé, de trece, tenía un alma resistente en un cuerpo grácil, así como la reputación de ser hermosa desde que, el día de sus esponsales, una ráfaga de viento le levantó el velo rojo y dejó al descubierto su rostro.

La niña nació en 1828 o 1829. Quizá incluso en 1831, pues ¿qué importancia tiene una niña que nace en una casa oscura? No hubo declaración oficial, tan solo la memoria familiar. Como la madre era estrecha de caderas, el parto duró mucho tiempo. La recién nacida tenía la carita arrugada, y nadie se extrañó de su tez de mango demasiado maduro, de su boquita minúscula y su naricita de águila. La hija de la sublime Bhagirati tendría la belleza de su madre, eso nadie lo ponía en duda. Pero no era un varón.

Como amaba con locura a su esposa, Moropant Tampé recibió a su hija con una alegría sincera que no era apropiada.

Para un hindú, una hija es mil veces menos que un hijo. Una hija, por desgracia, es una carga a la que habrá que proveer de una dote y que no podrá encender la pira de su padre como lo haría un hijo a la hora del último rito. El orden del mundo exige al menos un hijo.

Moropant pertenecía a la casta de los brahmanes, la más alta, la única pura. En la jerarquía de los seres creados por el dios Brahma, los brahmanes, nacidos de su hálito, garantizan la pureza de todos los demás, ya sean guerreros, comerciantes, siervos o incluso parias, esos subhombres reducidos a la peor impureza.

El deber de los brahmanes es hacer respetar el orden.

El joven Moropant era un adolescente enamorado de la vida. Aunque respetaba las prohibiciones de su casta, no era muy devoto. La austeridad no era su fuerte, ni las mortificaciones de los ascetas ni lo que las costumbres hindúes exigían de los muchachos. Como Moropant Tampé no era un brahmán integrista, se encariñó con su hija nada más verla. Esta se apoderó de todo su corazón, ocupó las venas, los canales, el latido regular y la sangre palpitante, todo el espacio que habría podido ocupar un hijo.

Su primer grito fue ronco y tan grave que su padre se asombró. «¡Grita como un varón!», dijo con orgullo. Se decidió entonces que su nombre tendría algo masculino, como una piedra dura, o una joya. Moropant la llamó Manikarnika, «la dueña de la joya», uno de los nombres de Kashi, la muralla sagrada que rodea la ciudad de Benarés.

La familia de Moropant Tampé vivía entonces a orillas del Ganges, en una casa alta situada más arriba de Benarés. Y Manikarnika era también el nombre del campo de cremación más sagrado del mundo, allí donde el dios Shiva susurra al oído de los moribundos la fórmula que los liberará, impidiéndoles renacer en una nueva carne. La niña-joya tendría un vínculo secreto con el sacrificio postero y con la ciudad santa.

El mismo día de su nacimiento, el astrólogo familiar confió los datos de la recién nacida al matemático y, una semana más tarde, predijo el destino de la niña. El horóscopo sorprendió a todos: la pequeña sería reina. Pero era imposible; ¡la hija de un brahmán no puede casarse con un rey! Por soberano que sea, un rey es de la casta guerrera, la segunda en la jerarquía, inferior a los brahmanes; eso era indiscutible.

El astrólogo mandó repetir los cálculos con mucha atención. Manikarnika, hija de Moropant y de Bhagirati, sería una reina honrada por sus súbditos.

El joven padre lo aceptó. Nadie en la India cuestiona un horóscopo.

Moropant Tampé pertenecía al pueblo de los *marathas*, que viven cerca de Mumbai, entonces llamada Bombay. Dos siglos antes,

un audaz guerrero de nombre Shivayi decidió conceder un imperio a los *marathas* y, sublevándose contra el yugo de los emperadores mogoles, los venció. Aún hoy, los *marathas* veneran a Shivayi como se adora a un dios, celebrando su valor, su perfil majestuoso, su barba negra y su tez clara, aunque su imperio no haya sobrevivido.

Dispersados a la fuerza, los *marathas* vencidos seguían viviendo repartidos por todo su antiguo imperio, y ese era el caso de Moropant Tampé. Para criar a su hija aceptó servir en la corte de un gran señor *maratha* derrotado por los ingleses. Sería consejero de un príncipe destronado, pero rico.

Los ingleses llevaban ya dos siglos allí. Desde el principio cortejaron a los emperadores mogoles, enviaron numerosas embajadas, obtuvieron puertos en el mar de Omán y fundaron una minúscula compañía comercial, una de tantas en las costas de la India: francesas, holandesas o danesas, las había a montones. En un principio los ingleses, a diferencia de los portugueses, no tenían voluntad de conquista en nombre del Dios único. A los ingleses solo les interesaban los negocios.

Al otorgarle el monopolio del comercio en el océano Índico en el año 1600, la reina Isabel dio nombre a la pequeña compañía: *East India Company*, la Compañía de las Indias Orientales.

El pequeño negocio inglés que los pueblos de la India llamaban «Kampani» desbancó a sus competidoras y se hizo más rico. Para proteger el comercio, los ingleses contrataron campesinos, musulmanes e hindúes, a menudo brahmanes. Les dieron un nombre persa, *sipahi*, que significa «soldado».

La pronunciación se deformó paulatinamente y los oficiales británicos ya no decían «sipahis», sino «sepoys»; y los oficiales franceses que servían en algunos de los reinos de la India los llamaban a su vez «cipayes». En circunstancias normales eran muy disciplinados.

En 1807, en Vellore, un general inglés quiso reglamentar la longitud de la barba y la forma del bigote. Estalló un motín, seguido del correspondiente castigo, consistente en ejecutar a cañonazos a los amotinados atándolos a las bocas de los cañones. En 1824 hubo una nueva rebelión, sofocada con el mismo castigo. Después de

este último motín, los cipayos se convirtieron en los mejores soldados.

Desde su minúscula isla, los soberanos ingleses nombraban gobernadores cuya tarea era la de imponer el orden en sus negocios, por la fuerza si era necesario. Y la fuerza triunfaba.

Con doscientos cincuenta mil cipayos dirigidos por treinta mil oficiales ingleses, la Compañía Británica de las Indias Orientales administraba numerosos reinos y protegía otros. Todo el que se rebelaba era destituido, pero como los ingleses eran infinitamente astutos, al rebelde se le concedía una asignación, y esa fue la historia de Baji Rao segundo, un príncipe indio que, tras su derrota, se replegó en la ciudad de Bithur con una cómoda asignación y una corte pletórica.

Cuando su hija cumplió tres años, Moropant Tampé se reunió con Baji Rao en Bithur.

Brahmán de nacimiento, Baji Rao provenía de una gran familia de príncipes, los *peshwa*. En Bithur, el palacio estaba lleno de esplendores dignos de un marajá, así como de mujeres, legítimas o prostitutas. Baji Rao se entregaba a los placeres de una vida libertina, mientras contenía difícilmente la rabia. No había dicho aún su última palabra.

Consejero del último del linaje de los *peshwa*, Moropant formó parte de la corte del príncipe destituido y vivió en un rincón del palacio, donde creció la niña nacida de una madre admirablemente hermosa.

Con el paso de los años, la niña cambió por completo.

Tenía una enorme nariz, una nariz imponente que le caía a plomo sobre una boquita minúscula, devorándole las mejillas. Al contrario que su madre, la niña tenía la piel oscura y lisa, como el bronce pulido. Como si esa fea tez oscura que la tradición desaprobaba no fuera suficiente, los ojos de la niña lanzaban llamaradas y miraban fijamente, sin apartarse jamás. Una niña imposible.

Con tres años, la pequeña estaba entrada en carnes y tenía la voz grave de un muchacho. Al cumplir los cuatro, su cuerpo rollizo se volvió esbelto. A los cinco, era delgaducha y corría a refugiarse en el regazo de su padre. En esa época reía con fuerza y no había



perdido su voz grave de varón. El principito de la corte de Bithur la adoraba.

Los herederos del gran señor destronado no eran de su sangre, pues Baji Rao no había tenido ningún hijo varón.

En tales casos, los soberanos de la India adoptan a un primo, un sobrino, un pariente lejano o un muchacho de compañía. Siguiendo la antigua tradición hindú, Baji Rao adoptó varios hijos, de los cuales el mayor sería un día su sucesor. O los demás, si a este le ocurría alguna desgracia.

El primero, Dondhu Pant, tenía justo tres años cuando el señor decidió adoptarlo. Baji Rao lo llamó Dondhu, «el débil», con el pretexto de que no quería tentar a la mala suerte después de haber perdido ya varios hijos. Al darle un nombre ridículo, desviaba el curso de los astros.

El segundo era un joven adulto, y el tercero, adoptado tardíamente, un niño de corta edad. El joven murió. A los otros dos les cambiaron el nombre: Dondhu tomó el título de Nana Sahib, y el niño, el de Bala Rao.

Cuando vio a su hijo Dondhu correr por la arena con la hija de su consejero, Baji Rao no hizo nada por impedirlo. ¡Que se divirtieran juntos!

¿Una niña con un muchacho, un príncipe? ¿La hija de un brahmán? ¡Eso no está bien!, decía la gente de la corte. ¡La hija de un brahmán no se aleja de la sombra de su madre! ¿Dónde estaba su madre?

Convertida en ceniza, su alma orgullosa disuelta en el gran todo. A los dieciséis años, en un otoño lleno de mosquitos, la hermosa Bhagirati había abandonado su cuerpo, devorado por las fiebres en tres días.

Desamparado, Moropant no sabía cómo educar a su hija. La pérdida de su esposa lo había sumido en el estupor; ante la pira en la que se consumía, se llenó los pulmones del humo de las llamas. Tuvieron que llevarselo a la fuerza; se alejó de allí con paso rígido y ausente.

Con el corazón vacío, Moropant dejó que su hija se codeara con el pequeño príncipe, puesto que Baji Rao, su señor, así lo quería.

Manikarnika es un nombre largo, no se puede gritar jugando al escondite. Manu era, pues, más sencillo.

Manu, como el nombre del primer hombre del mito, Manu, la humanidad masculina que asentó las leyes de la India.